

que no sea ir á la gloria ó ir al infierno, ni es pena ni es galardón; no es perderse ni salvarse. La justicia y la misericordia de Dios, ó no son, ó son de una manera infinita; siendo infinitas, se han de terminar, por una parte en el infierno, y por otra parte en la gloria; ó han de ser vanas, que es otra manera de ser como si no fueran.

Ahora bien; si esta laboriosa demostración da por resultado, por una parte, que la facultad de salvarse supone necesariamente la facultad de perderse; y por otra, que la gloria supone necesariamente el infierno, se sigue de aquí que el que blasfema contra Dios porque ha hecho el infierno, blasfema contra Dios porque ha hecho la gloria; y que el que pide estar exento de la facultad de perderse, viene á pedir estar exento de la facultad de salvarse.

CAPÍTULO III

MANIQUEÍSMO. — MANIQUEÍSMO PROUDHONIANO

Cualquiera que sea la explicación que pueda darse del libre albedrío del hombre, no cabe duda sino que éste será siempre uno de nuestros más grandes y pavorosos misterios: en todo caso es fuerza confesar que la facultad dejada al hombre de sacar el mal del bien, el desorden del orden, y de turbar, si quiera sea accidentalmente, las grandes armonías puestas por Dios en todas las cosas creadas, es una facultad tremenda; y considerada en sí, sin relación á lo que la limita y la contiene, hasta cierto punto inconcebible. El libre albedrío dejado al hombre es un don tan alto, tan trascendental, que más bien parece por parte de Dios una abdicación que una gracia: ved, si no, sus efectos:

Tended los ojos por toda la prolongación de los tiempos, y veréis cuán turbias y cenagosas vienen las aguas de ese río en que la humanidad va navegando: allí viene haciendo cabeza de motín Adán el rebelde, y luego Caín el fratricida, y tras él muchedumbres de gentes sin Dios y sin ley, blasfemas, concubinarias, incestuosas, adúlteras; los pocos magnificadores de Dios y de su gloria olvidan al cabo su gloria y sus magnificencias, y todos juntos tumultúan y bajan en tumulto, en el ancho buque que no tiene capitán, las turbias corrientes del gran río, con espantoso y airado clamoreo, como de tripulación su-

blevada. Y no saben ni adónde van, ni de dónde vienen, ni cómo se llama el buque que los lleva, ni el viento que los empuja. Si de vez en cuando se levanta una voz lúgubrementeprofética, diciendo:—¡Ay de los navegantes! ¡Ay del buque!—ni se para el buque ni la escuchan los navegantes; y los huracanes arrecian, y el buque comienza á crujir, y siguen las danzas lúbricas y los espléndidos festines, las carcajadas frenéticas y el insensato clamoreo; hasta que en un momento solemnísimotodo cesa á la vez, los festines espléndidos, las carcajadas frenéticas, las danzas lúbricas, el clamoreo insensato, el crujir del buque y el bramar de los huracanes; las aguas están sobre todo, y el silencio sobre las aguas, y la ira de Dios sobre las aguas silenciosas.

Dios vuelve á obrar, y la nueva obra divina vuelve á ser deshecha por la libertad humana. Un hijo es nacido á Noé que pone á la vergüenza á su padre; el padre maldice al hijo y con él á toda su generación, que será maldita hasta la plenitud de los tiempos. Después del diluvio vuelve á comenzar la historia antediluviana; los hijos de Dios vuelven á combatir con los hijos de los hombres; aquí se levanta la ciudad divina, y enfrente la ciudad del mundo; en una se rinde culto á la libertad, y en otra á la Providencia; y la libertad y la Providencia, Dios y el hombre, vuelven á reñir aquel gigantesco combate cuyas grandes vicisitudes son el asunto perpetuo de la historia. Los parciales de Dios van en todas partes de vencida; hasta el nombre de Dios, incomunicable y santo, cae en un olvido profundo, y los hombres, en el frenesí de su victoria, se juntan con intento de levantarse una vivienda tan alta que vivan sobre las nubes. El fuego del cielo baja sobre la arrogante vivienda, y Dios confunde en su ira las lenguas de las gentes; las gentes se dispersan por todos los ámbitos del mundo, y crecen y se multiplican, y llenan todas las zonas y todas las regiones. Aquí se levantan grandes y populosas ciudades, allí se sientan llenos de soberbia y de pompa agigantados imperios; hordas embrutecidas y feroces vagan con insolente ocio-

sidad por bosques inmensos ó por desiertos inconmensurables. Y el mundo arde en discordias, y está como ensordecido con los grandes clamores de la guerra. Los imperios caen sobre los imperios, las ciudades sobre las ciudades, las naciones sobre las naciones, las razas sobre las razas, las gentes sobre las gentes; la tierra es toda universales infortunios y universales incendios. La abominación de la desolación está en el mundo. Y el Dios fuerte, ¿dónde está? ¿Qué hace, que así abandona el campo á la libertad humana, Reina y Señora de la tierra? ¿Por qué consiente esa universal rebelión, y ese tumulto universal, y esos ídolos que se levantan, y esos grandes estragos, y esos acumulados escombros?

Un día llamó á un varón justo y le dijo:—Yo te haré padre de una posteridad tan numerosa como las arenas de la mar y las estrellas del cielo; de tu dichosísima raza nacerá un día el Salvador de las gentes; Yo mismo la gobernaré con mi providencia, y para que no caiga, diré á mis ángeles que la lleven en las palmas de sus manos; Yo seré para ella todo prodigios, y ella atestiguará ante las gentes mi omnipotencia.—Y sus obras fueron conformes á sus palabras. Siendo esclavo su pueblo, le suscitó libertadores; no teniendo ni Patria ni hogar, le sacó milagrosamente de Egipto y le dió un hogar y una Patria. Padeció hambre, y le dió hartura; padeció sed, y obedientes á su voz brotaron aguas las rocas; saliéronle al encuentro grandes muchedumbres de enemigos, y la ira de Dios desvió como un nublado esas grandes muchedumbres. Suspendió sus arpas dolientes de los sauces babilónicos, y le volvió á rescatar de su triste cautiverio, y volvió á ver con sus ojos á Jerusalén la santa, la predestinada, la hermosa. Le dió jueces incorruptibles que le gobernaron en paz y justicia, Reyes temerosos de Dios, con renombre de prudentes, gloriosos y sabios; le deputó por embajadores Profetas que le descubriesen sus altos designios y le mostrasen como presentes las cosas futuras¹. Y ese pueblo carnal y duro puso en olvido sus milagros,

¹ Sin duda que, á no haber sido por el temor de rebajar la fuerza y hermosura de

desechó sus avisos, abandonó su Templo, prorrumpió en blasfemias, cayó en idolatría, ultrajó su Nombre incomunicable, descabezó á sus Profetas santísimos, y ardió en discordias y rebeliones.

Cumpliéronse entretanto las semanas proféticas de Daniel, y vino el que había de venir enviado por el Padre para la redención del mundo y para consuelo de las gentes; y viéndole tan pobre, tan manso y tan humilde, despreció su humildad, ultrajó su pobreza, y escarneció su mansedumbre, y se escandalizó, y le vistió vestidura de escarnio; y agitado secretamente por las furias infernales, le hizo apurar hasta las heces el cáliz de la ignominia en la Cruz, después de haber apurado el cáliz de la infamia en el Pretorio.

Crucificado por los judíos, llamó á los gentiles, y los gentiles vinieron, pero después de venidos, como antes de que vinieran, siguió el mundo por el camino de su perdición y como asentado en sombras de muerte. Su santísima Iglesia heredó de su divino Fundador y Maestro el privilegio de la persecución y de los ultrajes, y fué ultrajada y perseguida por pueblos, Reyes y Emperadores. De su propio seno brotaron aquellas grandes herejías que rodearon su cuna, á manera de monstruos dispuestos á devorarla. En vano cayeron derribados á los pies del Hércules divino; la tremenda batalla entre el Hércules divino y el humano, entre Dios y el hombre, vuelve á comenzar; igual es la furia, varios los sucesos; el teatro de la batalla es tan grande, que en los continentes se extiende de mar á mar, y en el mar de continente á continente, y en el mundo de un polo al otro polo. Las huestes vencedoras en Europa son vencidas en el Asia; los que sucumben en el Africa, triunfan en América. No hay hombre ninguno que, sabiéndolo ó ignorándolo, no sea combatiente en este recio combate; ninguno que

esta sucinta y elocuente historia del reinado de la Providencia y del de la libertad humana, el autor no habría dejado de advertir que tampoco la Providencia abandonó á otros pueblos, pues les dió suficientes auxilios para que, convenientemente ayudados por la cooperación del hombre, hubiesen producido el saludable fruto de su común salvación, como puede creerse haber sucedido á algunos individuos. *

no tenga una parte activa en la responsabilidad del vencimiento ó de la victoria. Lo mismo combate el forzado en su cadena, que el Rey en su Trono; lo mismo el pobre que el rico, el sano que el doliente, el sabio que el necio, el cautivo que el libre, el viejo que el mozo, el civilizado que el salvaje. Toda palabra que se pronuncia, ó está inspirada por Dios, ó inspirada por el mundo, y proclama forzosamente, de una manera implícita ó explícita, pero siempre clara, la gloria del uno ó el triunfo del otro. En esta singular milicia todos combatimos por alistamiento forzoso; aquí no tiene lugar ni el sistema de los sustitutos, ni el de los alistamientos voluntarios. En ella no se conoce ni la excepción de sexo ni la de la edad; aquí no se escucha al que dice:—Soy hijo de viuda pobre—ni á la madre del paralítico, ni á la mujer del estropeado. De esta milicia son soldados todos los nacidos.

Y no me digas que no quieres combatir, porque en el instante mismo en que me lo dices, estás combatiendo; ni que ignoras á qué lado inclinarte, porque en el momento mismo en que eso dices, ya te inclinaste á un lado; ni me afirmes que quieres ser neutral, porque cuando piensas serlo, ya no lo eres; ni me asegures que permanecerás indiferente, porque me burlaré de ti, como quiera que al pronunciar esa palabra ya tomaste tu partido. No te canses en buscar asilo seguro contra los azares de la guerra, porque te cansas vanamente; esa guerra se dilata tanto como el espacio, y se prolonga tanto como el tiempo. Sólo en la eternidad, Patria de los justos, puedes encontrar descanso, porque sólo allí no hay combate: no presumas, empero, que se abran para ti las puertas de la eternidad, si no muestras antes las cicatrices que llevas: aquellas puertas no se abren sino para los que combatieron aquí los combates del Señor gloriosamente, y para los que van, como el Señor, crucificados.

Al poner los ojos en el espectáculo que nos presenta la historia, el hombre no alumbrado con lumbre de fe va á parar forzosamente á uno de estos dos maniqueísmos: al antiguo,

que consiste en afirmar que hay un principio del bien y otro principio del mal, que esos dos principios están encarnados en dos dioses, entre los cuales no hay más ley que la guerra; ó el proudhoniano, que consiste en afirmar que Dios es el mal, que el hombre es el bien, que el poder humano y el divino son dos poderes rivales, y que el único deber del hombre es vencer á Dios, enemigo del hombre.

Del espectáculo de la perpetua ¹ batalla á que está condenado el mundo, se derivan naturalmente estos dos sistemas maniqueos, de los cuales el uno guarda más conformidad con las antiguas tradiciones, y el otro un parentesco mayor con las modernas doctrinas: y fuerza es confesar que, á considerar el hecho notorio de este gigantesco combate en sí mismo, y haciendo abstracción de la maravillosa armonía que forman, vistas en su conjunto, las cosas humanas y las divinas, las visibles y las invisibles, las creadas y las increadas, ese hecho queda suficientemente explicado por cualquiera de esos dos sistemas.

La dificultad no está en explicar un hecho cualquiera, considerado en sí mismo; no hay hecho ninguno que, de esa manera considerado, no pueda explicarse suficientemente bien por cien hipótesis diferentes: la dificultad consiste en llenar la condición metafísica de toda explicación, según la cual, para que la explicación de un hecho notorio sea valedera, es menester que con ella no sean inexplicables y no queden inexplicados otros hechos notorios y evidentes.

Por cualquier sistema maniqueo se explica lo que por su naturaleza supone un dualismo, y una batalla le supone; pero se deja sin explicación lo que es uno por su naturaleza; y la razón, aun sin estar alumbrada por la fe, es poderosa para demostrar que, ó no existe Dios, ó que si existe es uno. Por cualquier sistema maniqueo se explica la batalla; pero por ninguno

¹ Al calificar de *perpetua* esta batalla, se ve que el autor no ha querido en manera alguna debilitar la objeción maniquea, sino que, al contrario, ha querido presentarla en toda su fuerza para salirle al encuentro.

se explica la victoria definitiva; como quiera que la victoria definitiva del mal sobre el bien, ó del bien sobre el mal, supone la supresión definitiva del uno ó del otro, y no puede ser suprimido definitivamente lo que existe con una existencia substancial y necesaria. En esta suposición, por vía de consecuencia se saca que hay algo de inexplicable en la batalla misma que parecía explicada suficientemente, como quiera que toda batalla es inexplicable donde toda victoria definitiva es imposible.

Si de lo que hay de generalmente absurdo en toda explicación maniquea pasamos á lo que hay de especialmente absurdo en la explicación proudhoniana, se verá claro que al absurdo general de todo maniqueísmo se añaden aquí todos los absurdos particulares posibles, y que aún hay cosas en esa explicación indignas de la majestad de lo absurdo. En efecto; cuando el ciudadano Proudhon llama bien al mal y mal al bien, no dice una cosa absurda; lo absurdo pide mayor ingenio; dice una bufonada. Lo absurdo no está en decirla, está en decirla sin objeto ninguno. Desde el momento en que se afirma que el bien y el mal coexisten en el hombre y en Dios, local y substancialmente, la cuestión, que consiste en averiguar dónde está el mal y dónde el bien, es una cuestión ociosa: el hombre llamará á Dios el mal, y se llamará el bien á sí propio, y Dios se llamará á sí propio el bien, y llamará el mal al hombre; el mal y el bien estarán en todas partes y en ninguna parte: la única cuestión entonces consiste en averiguar por quién quedará la victoria. Si el mal y el bien son, en esa suposición, cosas indiferentes, no había para qué caer en la ridícula puerilidad de contradecir el sentimiento común del género humano. El absurdo que le es peculiar al ciudadano Proudhon, consiste en que su dualismo es un dualismo de tres miembros, que constituye una unidad absoluta; por donde se ve que su absurdo, más bien que un absurdo religioso, es un absurdo matemático. Dios es el mal, el hombre es el bien: véase ahí el dualismo maniqueo; pero en el hombre, que es el bien, hay una potencia

esencialmente instintiva y otra potencia esencialmente lógica; por la primera es Dios, por la segunda es hombre: de donde se sigue que las dos unidades se descomponen en tres, y eso sin dejar de ser dos, porque fuera del hombre y de Dios no hay bien substancial ni mal substancial; no hay combatientes, no hay nada. Veamos ahora cómo las dos unidades, que son tres unidades, se convierten en una sola unidad, sin dejar de ser dos unidades y tres unidades. La unidad está en Dios; porque, además de ser Dios, por la potencia instintiva que está en el hombre, es hombre. La unidad está en el hombre; porque siendo hombre por su potencia lógica, es Dios por su potencia instintiva: de donde se sigue que el hombre es hombre y Dios á un mismo tiempo. Resulta de todo que el dualismo, sin dejar de ser dualismo, es trinidad; que la trinidad, sin dejar de ser trinidad, es dualismo; que el dualismo y la trinidad, sin dejar de ser lo que son, son unidad; y que la unidad, que es unidad sin dejar de ser trinidad, y dualismo sin dejar de ser trinidad, está en dos partes.

Si el ciudadano Proudhon afirmara de sí lo que no afirma, que es enviado; y si demostrara después lo que no podía demostrar, que su misión es divina, todavía la teoría que acabo de exponer debería ser rechazada por absurda é imposible. La unión personal del mal y del bien, considerados como existiendo substancialmente, es imposible y absurda, porque envuelve una contradicción evidente. En la variedad personal y en la unidad substancial que constituyen el Dios trino y uno del cristiano, así como en la unidad personal y en la variedad substancial que constituyen al Hijo hecho hombre, según el dogma católico, hay una obscuridad profundísima; no hay, empero, imposibilidad lógica, como quiera que no hay contradicción en los términos. Si hay mucho de obscuro, nada hay de esencialmente contradictorio, á los ojos de la razón, en afirmar de tres Personas que tienen por fundamento una misma substancia; así como no hay nada de contradictorio, aunque sí mucho de obscuro á los ojos de nuestro entendimiento, en afirmar que tres

diferentes substancias están sostenidas por una misma Persona. En lo que hay imposibilidad radical, porque hay absurdo evidente y contradicción palpable, es en afirmar, después de haber afirmado la existencia substancial del mal y del bien, que el mal y el bien substancialmente existentes están sostenidos por una misma Persona. ¡Cosa digna de admiración! El hombre no puede huir de la obscuridad católica, sin condenarse á sí propio á palpar una obscuridad más densa; ni puede huir de aquello que abruma á su razón, sin caer en aquello que la niega, porque la contradice.

Y no se crea que el mundo sigue las pisadas del racionalismo, á pesar de sus absurdas contradicciones y de sus densas obscuridades; las sigue á causa de esas obscuridades densas y de esas contradicciones absurdas. La razón sigue al error adondequiera que va, como una madre ternísima sigue, adondequiera que va, aunque sea al abismo más profundo, al fruto más amado de su amor, al hijo de sus entrañas. El error la dará muerte, mas ¿qué importa, si es madre y muere á manos del hijo?